

tan específicas como las que lo sitúan en cuanto artista y homosexual. García Lorca es el poeta popular y visionario, la mujer protagonista de sus propias obras, el hombre tocado por esa marca divina que lleva al amor por todos los amantes y a la contemplación propia de la imagen verbal que vive explosivamente, como la luz en medio de la noche.

Por lo mismo, el exceso de libido se produce en las impactantes escenas homosexuales de la obra, en lo grotesco del afeminamiento del protagonista o al forzarse el sentido poético, identificando a Rosita la soltera con Federico, el solitario a pesar de las numerosas compañías. De igual modo la amorosidad sexual aparece nítida en una propuesta escénica a un tiempo desatada compulsivamente y bajo el control estricto de la dirección de Carlos Giménez.

### México: teatro de realidades y de magia

De las tres obras presentadas por México: *Tres heridas*, *La fiera del Ajusco* y *Máscara contra cabellera*, esta última es la única que permanece fuertemente en la memoria. Su atmósfera mágica se imprime en el público, y esto favorece que se experimente y reviva un espíritu esencial de lo mexicano.

Aunque existe una gran diferencia entre *Tres heridas* y *La fiera del Ajusco*, por sus características de teatro de aficionados y de teatro profesional, respectivamente, ni una ni otra lograron asir la substancia del realismo que pretendían expresar. Ambas se ocupan de ambientes que existen, e incluso *La fiera del Ajusco* trata de un hecho real y terrible. En los dos casos los marginados son protagonistas. Pero resulta que los directores de dichas obras, y quizás los textos, se alejan considerablemente de lo verosímil en términos teatrales.

En *Máscara contra cabellera*, en cambio, el dramaturgo Víctor Hugo Rascón y el director Enrique Pineda tomaron la realidad, una realidad tan precisa como la del mundo corrupto de la lucha libre, transformándola con los recursos escénicos hasta provocar en momentos la experiencia teatral del delirio.

Al concluir, conviene decir que el Festival de Teatro Latinoamericano demuestra que la expresión artística es impredecible, que materiales tan opuestos como lo libertino del Teatro de Ornitórrinco, lo mágico de *Máscara contra cabellera*, o la intención homosexual del espectáculo sobre García Lorca, en el fondo coinciden al ser obras representativas de la rebeldía, del arrebato y de la libertad. ◇

# Cine

QUEEN KELLY  
Y LOS MOTIVOS DE LUZ

## DOS DE MUESTRA

Por Leonardo García Tsao

“Maratón de películas”, “banquete indigesto”, “compensación de fin de año” y otros epítetos similares ha merecido la Muestra Internacional de Cine en sus quince años de existencia. Se puede decir que hablar mal de ella es tan tradicional como asistir a ella. No obstante las objeciones, año tras año los cinéfilos de ocasión compran su abono, se ponen su ropa más vistosa para el frío de noviembre-diciembre y tratan de no perderse casi ninguna de una veintena de estrenos, para luego no volver al cine en un año.

Curiosamente, desde que colaboro en su organización, a partir de 1977, la gente siempre me pregunta, “¿Este año va a haber Muestra?”, como si en alguna ocasión se hubiera suspendido. Así como también me he vuelto objeto de diversas reclamaciones y sugerencias: “¿Por qué programaron esa aburridísima película finlandesa?” “¿No pueden saltarse los bodrios de

los países socialistas?” “La última película me pareció un producto típico del imperalismo yanqui”. En fin, nunca se puede complacer a toda la gente.

De la programación de este año, puedo anticipar la exhibición de dos películas fuera de lo común.

*Queen Kelly*, de Erich von Stroheim, participa del renovado interés que ha habido en los últimos años por el cine mudo y por reconstruir algunos de sus clásicos en sus versiones más completas posibles. El año pasado, *Napoleón* de Abel Gance inauguró la XVII Muestra y meses más tarde se exhibió comercialmente ante una sorprendente respuesta del público capitano. En Munich se reintegró la versión original de *Metrópolis*, de Fritz Lang, y el productor Giorgio Moroder hizo su propia versión para principiantes, con una banda sonora de pop-rock de bajo calibre. Y por ahí, en festivales internacionales, han reaparecido el *Nosferatu* de Murnau, *Intolerancia* de Griffith... quién iba a pensar que en los 80s el cine de moda sería mudo.

El asunto de *Queen Kelly* es un poco diferente porque casi no se vio en su tiempo. Filmada sólo en su tercera parte y en los últimos días del cine silente, la película se exhibió poco, en una versión trunca realizada por los productores, la actriz protagonista Gloria Swanson y el millonario Joseph P. Kennedy, su amante en turno y patriarca del clan político de ese apellido (sí, sí, el padre de John, Robert, Edward *et al*). El rodaje se vio suspendido porque, de acuerdo a una versión, Von Stroheim se excedió —como era su costumbre— en las extravagancias y se tenían problemas con



Los motivos de Luz



Queen Kelly

la censura; según otra, la propia Swanson canceló labores cuando el director instruyó al actor Tully Marshall para que babeaba tabaco de mascar sobre la mano de la estrella. "¡Nuestro director es un loco!", le dijo la Swanson a Kennedy por teléfono para explicar lo ocurrido. De cualquier forma, el resultado fue el mismo: Von Stroheim no pudo concluir su última realización muda y penúltima de su conflictiva carrera como director. Por ello, la versión que ahora se exhibe de *Queen Kelly* —reconstruida por Dennis Doros, con la partitura musical que fue compuesta por Adolph Tandler en 1931— sólo dura hora y media, y en su parte final recurre a fotofijas para dar una idea de lo que hubiera sido la versión original de cinco horas.

Aún así, cada fotograma restante de *Queen Kelly* evidencia el talento de Von Stroheim y su capacidad de recrear una atmósfera decadente y sofisticada a la vez, para contarnos una historia que tiene partes iguales de romanticismo y de cinismo. La película se sitúa en un ficticio reino tipo Ruritania gobernado por una tirana, cuyo prometido —el mujeriego príncipe Wolfram— se enamora de una novicia adolescente, la Kelly del título, (Gloria Swanson ya había cumplido los 30 años... pero,

bueno, ella era la productora). La reina descubre a los dos tórtolos *in fraganti* y castiga a punta de latigazos a Kelly, quien intenta suicidarse; la joven es rescatada para luego viajar a África, heredar el burdel que le ha dejado su tía y casarse con el repugnante dueño de una plantación.

Si todo lo anterior suena a melodrama desmedido es que, en parte, lo es. Sin embargo, Von Stroheim no pierde de vista un sentido de la ironía que hace conscientemente grotescas las situaciones a las que deriva el desorbitado argumento. Asimismo, el director abunda en su gusto por el detalle, apoyado en una producción que destila lujo. No es un mero ejemplo de decoración interior ostentosa. Lo que Von Stroheim consigue es brindarle fuerza y veracidad dramática a sus personajes. Así, salen sobrando los intertítulos que describen la obsesión erótica y la perversidad de la reina: ya se nos ha insinuado en términos puramente visuales.

*Queen Kelly* pudo haber sido, como *Avaricia*, una gran obra maestra. Lo que nos ha quedado es un atisbo a la deslumbrante visión de un director que rebasaba con mucho los recursos y la mentalidad de una industria en ciernes. Su status de cineasta *maldito* responde a la misma miopía que habitualmente se ha encargado de anular a los artistas megalómanos. (Para documentar su trivía: algunas escenas de *Queen Kelly* aparecen en *Sunset Boulevard*, la declaración de amor-odio a Hollywood hecha por Billy Wilder, cuando la exdiva enloquecida del cine mudo —encarnada por Gloria Swanson, claro— revive sus glorias pasadas con la ayuda de un proyector; por cierto, el actor que interpreta a su abnegado chofer es precisamente Erich von Stroheim.)

Otra tradición del público de la Muestra es aprovechar el día en que se proyecta la película mexicana para hacer un descanso. Al margen del esnobismo malinchista que eso denota, este año esa postura implicará además el perderse una película importante.

*Los motivos de Luz*, de Felipe Cazals, es de seguro la realización más redonda y madura de este director hasta la fecha. Basada en el caso verídico de Elvira Luz Cruz, la mujer proletaria acusada de haber asesinado a sus cuatro hijos, la película de Cazals retoma y depura las preocupaciones planteadas en *Las poquianchis* y *El apando*, con resultados inquietantes. La narrativa se desarrolla después de los hechos: ya consignada a prisión, Elvira Luz —Patricia Reyes Spíndola, en una actuación de ira contenida— responde a interrogatorios y

entrevistas en las que interviene principalmente una psicóloga. El uso de *flashbacks* sirve para establecer personajes y situaciones, pero lo medular ocurre en la interacción de las dos mujeres.

La intención de Cazals no es la de esclarezcer si Luz es culpable o no del asesinato de los niños —no se trata de un *whodunit* de matices costumbristas— sino la de describir el cuadro social que puede producir una situación tal. Y encima, cuestionar qué tanto puede un miembro de una clase social privilegiada comprender ese cuadro. La mirada de la psicóloga, personificada por Delia Casanova, es, en gran medida, la mirada del espectador; ante sus ojos —y los nuestros— se exhiben los testimonios de una abrumadora en tanto que ajena realidad de miseria, ignorancia, hambre, explotación... y crueldad. La psicóloga no logra comprender a Luz porque hay un abismo de por medio que ninguna teoría, ni ninguna intención por buena que sea puede franquear. *Los motivos de Luz* trata, en esencia, del choque cultural que puede darse en un mismo país, en una misma sociedad.

Ahora bien, esos temas ya habían sido abordados por Cazals en sus películas más interesantes, pero nunca con semejante claridad y pureza. No es exagerado afirmar que *Los motivos de Luz* goza de una resolución formal tan sobria y austera que evoca una cierta cualidad de cine europeo —un Bresson, digamos— más que cualquier otra cosa. (La comparación está fundada: el director ha afirmado que tanto técnicos como actores estudiaron, antes del rodaje, *El proceso de Juana de Arco*). Por eso, quien recuerde los excesos de violencia gráfica de los momentos climáticos de *Canoa*, *El apando* o *Bajo la metralla*, se sorprenderá ante la sutileza con que Cazals describe las instancias más terribles de su historia. La apreciación de ciertos objetos, de un gesto, de un silencio, nos dice todo lo que necesitamos saber sobre una realidad violenta.

Igualmente económicos son sus apuntes sobre las relaciones familiares en nuestro país; con un par de escenas entre la excelente Ana Ofelia Murguía y Alonso Echánove en los papeles respectivos de madre e hijo, Cazals dice volúmenes enteros sobre el Edipo mexicano y sus implicaciones sociales y morales.

No hay rollo en *Los motivos de Luz*. Su compleja ambigüedad le permite librarse de la dudosa responsabilidad de tener que condenar, sermonear o dar soluciones. Lo que sí hay es cine. El cine de un realizador mexicano en completo dominio de su oficio. ♦